

mis antiguas aficiones, y ante la necesidad que me imponía la situación, acudí al periódico, tomé la pluma, y en *El Imparcial* (por primera vez: yo nunca he escrito nada durante mi actuación política más que en periódicos republicanos), publiqué un artículo ratificando mis opiniones y expresando otras aún más en consonancia y relación con el magno problema, procurando el descorrimiento del velo tras el que se desarrolla la tremenda lucha que agita a Europa.

Luego, como quiera que no me conformaba con las noticias que de la guerra recibía, y llevado de una verdadera sed de información, fui a Francia: tuve la suerte de llegar a París precisamente en el momento en que por segunda vez la intrepidez y la pujanza alemanas intentaban destruir o dañar la gran ciudad, arrojando bombas. Entonces, y por razón de que mis frecuentes viajes a la capital de la República francesa me han dado allí poca, pero alguna popularidad, fui también interrogado. Hice nuevas declaraciones, y con entera franqueza, con valor y dispuesto siempre a asumir la responsabilidad que ello determinara, dije que España debía intervenir en la contienda.

Y esto que he dicho, lo he razonado, lo he mantenido, y aun deseo, y así lo haré, mantenerlo en cuantas ocasiones se presenten.

Pero aquellos elementos que luego intentaron prepararme recibimientos hostiles en mi país, los que quisieron lapidarme en Irún y atribuyeron a mis declaraciones un sentido que no tenían, el sentido de que el ejército español debiera mezclarse en la lucha fratricida y derramar su sangre cuando no sepultar su cuerpo en las trincheras, esos me calumniaron... Me calumniaron, sin que esta calumnia haya provocado mi indignación, porque entre la calumnia y yo se ha ido formando este pedestal donde me halló, demostrando la inferioridad del enemigo y la justicia de mi razón.

Pues bien; yo he mantenido esa tesis, y aquí me tenéis dispuesto a sostenerla cuando lleguen—porque sin duda llegarán—las circunstancias que le han de dar su completa transcendencia; cuando respondiendo a la ley de la solidaridad humana y del progreso moderno, del progreso de las ciencias, de las artes, de la civilización y de la cultura, llegue el convencimiento de que una nación que forma parte integrante del continente en donde se encendió la guerra y la gran tragedia se desarrolla, no es posible que mantenga una verdadera neutralidad.

Yo he respetado y respeto, como revolucionario—entiendo siempre que revolucionario no significa descortés, ni agresivo, ni grosero,—yo respeto los móviles que pudiera tener el gobierno para mantener la neutralidad; pero sí digo que la neutralidad no es dogma, no es ley, no tiene sanción ni pena en el Código, y yo, hombre libre, con la responsabilidad del político y del hombre público, puedo hablar con perfecto derecho en pro o en contra de la neutralidad.

¿Por qué luchan los pueblos? ¿Por qué unos atacan a los otros sin razón aparente, sin causa que parezca determinarlo? No seamos platónicos en este caso; seamos justos examinadores, fiscalizadores, y saquemos la consecuencia del cúmulo de verdades que constituyen los credos. Se dice que los pueblos luchan por la justicia del derecho, por la integridad de sus prerrogativas y su hegemonía nacional. Está bien. Pero yo digo, yo afirmo rotundamente, que esta guerra terrible, inhumana, que determina un retroceso de siglos en el curso de la civilización, se ha encendi-

do en una lucha por la despensa. Y si la frase os parece prosaica, o vulgar, o dura, la ha encendido el deseo de conquistar un mayor bienestar, una más amplia independencia económica.

Así planteada la cuestión, se impone examinar cuáles han sido los pueblos que han encendido esa guerra con aspiraciones más contrarias a las corrientes de la civilización y del derecho. Para esto se hace preciso acudir a la Historia, no entrando en ella en incursión de erudito, que yo únicamente podría hacer a caballo en el ridículo, sino echando una ojeada que baste para obtener una enseñanza. No se da el caso, señores y señoras, de un solo pueblo con tendencias imperialistas que en este género de luchas no haya caído en una tiranía absolutamente contraria al progreso y a la libertad.

Estudiando las causas de la decadencia de España, una vez que hubo llegado a las cumbres de la riqueza y de las dominaciones del poder, se ve que del esplendor perdido no quedó otra característica precisa que esa que cantan los poetas con los ojos vueltos hacia el pasado: el espadachín, el bravucón, esas figuras negativas y pintorescas que paseaban el nombre español, no por obra de la justicia y del derecho, sino por obra de la gallardía y de la prodigalidad; del mismo valor con que nos hemos desangrado y la misma prodigalidad que llevó a los hidalgos, cuando no comían, a presentarse, para parecer hartos, sembradas de migajas de pan las luengas barbas.

Todos aspiran a la dominación universal. Cuantos mayores son los bienes y riqueza, mayores los deseos de depredación del bienestar de los demás pueblos, de cuanto es energía, progreso, civilización, derecho, de todo lo que es santo y bueno.

Inglaterra, sin embargo, no ha aspirado a la dominación política universal. ¡Qué hubiera sido de España! Pero ¿a qué recordar tristezas? Inglaterra sacó del salvajismo a muchas de sus colonias, que hoy acuden como hijas solícitas junto al lecho doliente de la madre enferma.

De estas premisas hay que deducir algunas consecuencias. No se lucha hoy por ideales románticos. Se lucha hoy por obtener nuevos mercados, nuevas industrias, nuevos centros de producción y riqueza. Entre las verdades universales que se salvaron de aquella famosa hoguera de don Quijote, figura el apotegma español de que «tripas llevan piernas y no piernas tripas».

Se lucha por esto y por eso ha estallado la guerra, porque había un país que había llegado a un estado de grandeza y necesitaba expansión comercial, porque ese país había llegado tarde al descubrimiento de América. Se lucha porque ha habido un país que pretende monopolizar todos los mercados, y cuando ha visto que no podía conseguirlo en la noble contienda del comercio, empezó a aumentar considerablemente su presupuesto de guerra y pudo convertir a una nación culta en una formidable máquina de guerra.

No hay agravio para nadie en decir esto. La provocación no ha partido de Francia, la provocación ha partido de Alemania. La provocación no ha partido de Inglaterra, que en sus inmensas colonias tiene mercados más que suficientes para toda su producción nacional; la provocación ha partido de Alemania. Es de este país, que quiere dominar a todos, del que ha partido la provocación.

Se ocupa del estado político de nuestro país, y dice que, desgraciadamente, todo puede con-

siderarse medio muerto: derechas, izquierdas y centro.

La situación es ésta. La política española es una brújula loca. No hay ideal nacional, como lo tuvo Alemania, bajo el mando de Bismark, o Italia, bajo la dirección de Cavour, como la tuvo Grecia, que había caído tan bajo, que cuando lord Byron dijo aquella famosa frase: «Griego, en desdichado país naciste», no vaciló en contestarle el aludido: «Ser griego es mi mayor orgullo».

Insiste en que no tenemos un ideal nacional ni un plan, y dice que él, republicano de toda la vida, fanático republicano, reconoce que la República, que es sin duda un grado superior en la escala del gobierno de los pueblos, no representa un ideal nacional. Es un medio, no un fin.

Patria y República han venido a identificarse en la miseria y en la ruina moral y material de nuestra España.

No hay partidos ni gobiernos, ni monarquía ni República. Hay, sí, como decía Maura—le trato con la misma familiaridad con que él me distingue cuando me moteja,—comunidades gobernantes que no saben conservar siquiera lo conquistado.

La única política internacional en España la hizo Maura, y constituye un timbre de gloria para él, llevando de mano al monarca, al rey español, para conferenciar con el inglés. He aquí porque su notable discurso—notable por la forma—produjo descontento en sus menguadas huestes.

Tenemos abandonadas nuestras relaciones con América por ese sistema inconcebible que siempre hemos seguido, teniendo casi cerradas esas vías comerciales en las que seguramente está el porvenir de España, y todo ello lo que viene es a corroborar mi afirmación de que carecemos de todo ideal nacional.

Ello ocurre porque no ha surgido todavía el hombre que ha de tener el valor cívico suficiente para renovar las energías de España, y ello ocurre porque vivimos aún del recuerdo de tradiciones gloriosas, porque nos llenamos la boca con aquello de que en los dominios de España no se ponía el sol, porque hemos olvidado que noventa millones de hombres hablan nuestra misma lengua, porque somos, en fin, como esos romanceros que van de aldea en aldea con un bagaje riquísimo levantando al pueblo con inocentes mentiras históricas.

Y por eso nuestra catástrofe colonial, catástrofe para nosotros, porque no había razón alguna que amparase nuestros deseos, y que fué mayor porque nadie tuvo el valor cívico suficiente para decirle al pueblo toda la verdad.

Esta es la verdad, la desnuda realidad. Decir lo contrario es perseverar en la farsa histórica. Somos como una de esas familias aristocráticas, con muchos dominios, pero que por virtud de la mala administración o de su incapacidad para regirse, ha caído en la ruina de las grandes casas señoriales. Debemos pintar de negro los cuarteles de nuestro escudo; liquidar nuestras cuentas, pagar nuestros acreedores.

Dolorosa verdad tengo que decir: España no podrá vivir más que de una de estas dos maneras, como los hombres: cuando son fuertes, con su propia fortaleza, o como los hombres, cuando son débiles, apoyándose en otros más fuertes; pero en este apoyo se desintegra fatalmente algo de su personalidad y de su independencia.

En eso coincido con mi ex-correligionario don Melquíades Álvarez cuando ha dicho que es necesario orientar nuestra política hacia los aliados.